

Argos, Revista de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos 39/2016, pp. 173-177.

RESEÑA

Francesco Petrarca, *Cartas a los más ilustres varones de la Antigüedad*. Edición y traducción de Andrés Ortega Garrido. Prólogo de Ángel Gómez Moreno. Espuela de Plata, Sevilla 2014, 190 págs.

En la venerable historia de la literatura epistolar, la figura de Petrarca, autor de más de quinientas cartas en prosa latina – el Aretino, dos siglos más tarde, habrá de escribir tres mil – se yergue de manera egregia. Inspirado por aquellas tres colecciones de cartas ciceronianas (a Ático, a su hermano Quinto, a Bruto) que tuvo la dicha de descubrir en la biblioteca de la sala capitular de la catedral de Verona en 1345, Petrarca se consagra, a partir de entonces, a cultivar con mayor empeño todavía el arte de la correspondencia, aunque desentendiéndose completamente del hasta entonces vigente y acartonado *ars dictaminis* que imperaba sobre la correspondencia medieval y al que todavía se mantuvo sujeto el mismo Dante. Pero por otro lado abraza el proyecto de legar a la posteridad, ya ordenado, el ingente conjunto de su propia producción en ese campo y reescribe así no pocas de sus cartas, distribuyéndolas todas en cuatro colecciones: *Familiares*, *Seniles*, *Sine nomine* y *Variae*, a las que se suman sus *Epistolae Metricae*, conjunto de setenta y seis cartas escritas en hexámetros a la luz de dos ilustres modelos: Horacio en sus dos libros de *Epistulae* y Ovidio en sus *Ponticae* y *Heroidae*. La insigne labor de epistológrafo de Petrarca abre la puerta a incontables humanistas que, marchando en pos de sus pasos, habrán de dejar colecciones notables de cartas “familiares”, tanto en latín como en vulgar: el propio Boccaccio, Pico de la Mirandola, Erasmo, Vives, por citar sólo estos pocos nombres.

Sobre el género de la “epístola en verso”, que tanta fortuna habría de tener en la España del Siglo de Oro (por sólo mencionar aquí las de Lope de Vega en su “Jardín” (1621-1624) y la célebre “satírica y censoria” de Quevedo, escrita por los mismos años) y también sobre el género de la “carta familiar”, cuya historia secular se vincula de manera indisoluble con los nombres de Cicerón, Séneca y Plinio, el curioso lector podrá oír dos conferencias dignas de aplauso pronunciadas por Claudio Guillén y cuyas grabaciones se conservan en los Archivos de la Fundación Juan March (www.march.es).

La primera colección del epistolario petrarquista, la de las *Familiares* o *Cartas a los amigos* (*Rerum familiarium libri*), escritas a lo largo de más de dos décadas, entre

1345 y 1366, consta de trescientas cincuenta cartas, divididas en XXIV libros. Petrarca alterna en ellos, del I al XXIII, con una larga serie de personajes de su tiempo acerca de los asuntos más diversos, mientras que el último libro, el XXIV, reserva al lector la sorpresa de ver allí reunidas diez cartas dirigidas a hombres ilustres de la Antigüedad grecorromana. Petrarca se entrega en ellas de lleno a la ficción de poder hablarles, movido sí por la admiración que profesa a esas figuras, más vivas para él que el mundo mezquino que lo rodea (cf. Nietzsche, “Una bajada al Hades” en: *Opiniones y sentencias varias* § 408), el mundo de una época “aficionada solamente a velar por el dinero” (p. 79 [2]; cf. p.133 [37])¹, pero lo hace obligado ante todo por “la ley de fiel amistad” que lo “encadena a las cenizas y a la fama de los hombres ilustres de toda época como si estuvieran presentes” (p. 99, “Al orador Asinio Polión”); hombres cuyas almas inmortales, nacidas antes de la Encarnación del Verbo, no pueden sino morar para siempre en aquellas regiones infernales que Dante pudo recorrer a pie firme guiado por la mano de Virgilio.

Ello es que estas diez cartas, rebosantes de humanidad y de ingenio, acaban de ver la luz en una edición muy cuidada, impresa en buen papel, amable también desde el punto de vista del diseño y la tipografía, y digna de aplauso por más de un concepto.

El distinguido colega Don Ángel Gómez Moreno, de la Universidad Complutense, ha escrito unos “Apuntes a vuelapluma” sobre Petrarca y el Petrarquismo que sirven de Prólogo al volumen, que no por breve deja de ser sustancioso, y donde, en consonancia con el espíritu de nuestro tiempo posmoderno, siempre atento a la defensa del pluralismo en todas sus formas, el autor insiste en la conveniencia de no reducir la figura polifacética de Petrarca al estereotipo de lo siempre idéntico. Creemos, sin embargo, que no conviene tensar demasiado la cuerda en esta dirección. Palabras, en efecto, tales como “¡Hay tantos Petrarcas por descubrir!” (p. 17), esconden más dificultades de lo que puede parecer a primera vista, porque al poner en tela de juicio la identidad del poeta invalidan, *eo ipso*, la “verdad” de sus ideas y pensamientos.

No más ajena a la polémica es la observación de que, ante los destinatarios de sus epístolas de ultratumba, el “poeta laureado” siente admiración “por todos, pero a ninguno idolatra” (p. 11). Si así fuese, Petrarca pertenecería al número de las “gentes sensatas” (véase al respecto la “Fábula del zorzal y el pavo real” de Rubén Darío),

¹ Cf. Mommsen, Theodor E., “Der Begriff des ‚Finsteren Zeitalters‘ bei Petrarca” en: A. Buck (ed.), *Zu Begriff und Problem der Renaissance*, Darmstadt 1969, pp. 151-179.

aquellas cuya “discreción” las mantiene prudentemente alejadas de toda adhesión “absoluta” (*horribili auditu*).

Es verdad que Petrarca encuentra en Cicerón, en Séneca, en Quintiliano y hasta en Asinio Polión flacos que no escapan a su censura, pero no le ocurre lo mismo con Tito Livio, con Horacio, con Varrón, con Virgilio, con Homero. Si “idolatrar” significa admirar sin reserva alguna y sin poder hallar la menor tacha en lo admirado, ¿ignoró Petrarca este modo de admiración cuando se confiesa ante Homero en estos términos: “mi amor hacia ti es más ardiente y brillante que el sol y mi desmedida estima más grande que cualquier otra cosa” (p. 134; *Ad summam amor ad te meus sole clarior fervetiorque est, existimatio ingens ut nullius maior*) o cuando dice a Tito Livio: “Quisiera, si los cielos me lo permitiesen, aparecer en tu época o que tú te acercaras a la nuestra, para que tanto ésta como yo mismo lográsemos ser mejores gracias a ti” (p. 93)?

Tras el prólogo, las cartas vienen precedidas todavía por una “Introducción” (pp. 21-50) firmada por el editor, Andrés Ortega Garrido, doctor en Filología por la Universidad Complutense de Madrid y docente en la Università degli Studi di Bergamo y en el Instituto Cervantes de Milán – “acabarás haciendo tuyas las palabras del protagonista de *Razón de amor*: ‘Moró mucho en Lombardía por aprender cortesía’” le dice en un afectuoso acápite el mentado Gómez Moreno –, escrita con competencia y elegancia² y destinada a presentar, por un lado el itinerario vital e intelectual de Petrarca, por otro los antecedentes históricos del género epistolar, y también, por último, un breve y ajustado análisis de las diez cartas que integran el volumen, concebidas por el propio autor como un conjunto unitario (cf. p. 37).

El volumen resulta valioso tanto para los estudiosos de la literatura del Renacimiento como para los amigos del mundo de la Antigüedad Clásica no sólo por las cartas mismas, sino también por el doble mérito de que puede ufanarse: contar con un valioso y extenso aparato de notas históricas y literarias, sobrias, precisas y siempre bienvenidas tratándose de un autor de lecturas tan abundantes como Petrarca, y ofrecer al lector el texto original latino de esta curiosa correspondencia, que sólo podía llegar a manos de sus destinatarios de ultratumba mediada por la barca de Caronte.

Es difícil ante ella no traer a la memoria uno de los *Canti* de Leopardi, “A Angelo Mai cuando descubrió los manuscritos de *La república* de Cicerón”, tanto más

² Sólo lamentamos un feo “en exclusiva” (p. 25) y un incomprensible uso de la preposición “a”, en lugar de “de”, con los adjetivos “diferente” (pp. 42 y 71) y “distinto” (p. 60).

cuanto que dos de las cartas del propio Petrarca están escritas en verso: una en asclepiadeos menores, la dirigida a Horacio, el “lyricum poetam” y no ya no el hasta entonces, y a lo largo de toda la Edad Media, “Dante incluido” (p. 103, n. 5), admirado autor de las *Sátiras* y las *Epístolas*, y otra en hexámetros, la dirigida a Virgilio, “latinorum principem poetarum”. Si esta última, que admira por la unidad y la armonía de la composición, da cuenta de la situación política en que por entonces, cuando se escribe la carta, se hallaban tres ciudades vinculadas con el destino de Virgilio: Mantua, Roma y Nápoles (Parténope), y además de cómo sus tres obras, *Bucólicas*, *Geórgicas* y *Eneida* son para las generaciones sucesivas de los mortales una fuente de agua siempre viva, la otra, la dirigida a Horacio es, por su parte, un magnífico pastiche forjado con incontables citas directas e indirectas de las *Odas*, texto donde Petrarca se revela apasionado y atentísimo lector, más allá del hecho de que una gran autoridad en estas materias haya acertado al ver en el hecho mismo de imitar “la ley que rige el comportamiento literario” del poeta italiano.³

La más extensa de las diez cartas y la que sirve también de colofón al conjunto se dirige a Homero, de cuya *Ilíada* Petrarca, que deploraba no saber del griego más que algunos rudimentos, había llegado a conocer por entonces sólo los cinco primeros cantos en la traducción latina, en prosa, de Leoncio Pilato (muerto en 1366), erudito a quien Bocaccio logró que se le encomendara una cátedra de griego en el Studio Fiorentino. Con no poca impaciencia aguardaba Petrarca que Pilato acabase aquella traducción que le permitiría disfrutar – así le escribe a Homero – “no sólo del eximio fruto de tus obras, sino también del placer de tu conversación” (p. 118). Y ello, porque Petrarca “escucha hablar” cada día (*quotidie*) a sus autores “con más atención que la que puede creerse” (*attentius quam credi possit*, p. 147 [2]). El lenguaje, en efecto, se le ha vuelto el lugar propio, como les ocurrirá a partir de entonces a los humanistas, para encontrarse de un modo inmediato y absolutamente presente con los espíritus de otras épocas.

Las diez cartas, redactadas con el correr de los años de una vida siempre sometida a la fatiga de viajes incesantes y cuyo autor consigna no sólo la fecha, sino también el lugar donde en cada caso se escribieron – Verona, Aviñón, Milán, Roma, Mantua, Padua, Florencia – están destinadas en rigor, con la sola excepción de la dirigida a Homero, a los “más ilustres varones” *de Roma*. Pero Petrarca no considera

³ Friedrich, Hugo, *Epochen der italienischen Lyrik*, Francfort del Meno 1964, p. 172.

como tales a los protagonistas de grandes hechos militares o políticos, a los famosos “hombres de armas”, a los caudillos, a los emperadores –, sino los grandes “intelectuales” romanos, cuyas obras fueron para el autor del *Canzoniere* pasto de admiración sin término.

La colección se abre con dos cartas a Cicerón, seguidas por una tercera, destinada a Séneca, en las que asombra ver la libertad con que Petrarca los enjuicia al considerar su conducta pública en las circunstancias históricas respectivas: recrimina al primero el haberse enredado en las guerras civiles más allá de lo razonable, y al otro el que no se hubiese apartado a tiempo de un espíritu tortuoso como el de Cicerón.

El primer encuentro de Petrarca con Quintiliano, gracias a la lectura, en el año de 1350, de una copia (incompleta) de las *Instituciones Oratorias* – en 1416 Poggio Bracciolini descubre una copia íntegra en el monasterio de San Galo (Suiza) (p. 88, n. 75 – es la ocasión que lo mueve a dirigirle una de sus cartas, donde contrasta la obra del bilbilitano tanto con la de Cicerón como con la de Séneca, a la luz del examen crítico de las virtudes y defectos de este último (cf. *Inst. Or.* X, I, 125-131).

Aunque a dos de los destinatarios de sus cartas, el polígrafo Marco Varrón – “el más sabio de todos los sabios” (p. 80 [5]) – y el orador Asinio Polión – varón “consular” y “triumfal” (p. 97 [2]) –, apenas si se los conocía más que por referencias indirectas en aquel entonces, la sola fama que de que gozaron entre los antiguos fue para el cantor de Laura acicate más que suficiente para que también él los amase y venerase (cf. 79 [1]).

De los historiadores escribe sólo a Tito Livio, de los poetas, sólo a Horacio y Virgilio.

En cuanto al contenido de las cartas, cabe señalar por último, de manera general, que está siempre determinado por la *persona* del destinatario, por los avatares de su vida y los hechos posteriores que han mantenido viva su memoria en este mundo, antes que por las ejecutorias del muerto en el ámbito literario; Petrarca se detiene en estas de un modo algo tópico y casi exterior o apenas descriptivo, sin que sus méritos intrínsecos, sea en el aspecto doctrinal o formal, lo muevan a ninguna reflexión crítica.

Martín Zubiria
Universidad Nacional de Cuyo
Conicet
martinzubiria.t@gmail.com